

Buenos días, tristeza

Manuel Campa

La cacerolada dedicada a Urdaci, director de Informativos de RTVE, por personal de la casa, a mí me recuerda dos cosas: la primera que no es de buen gusto sacar leña del árbol caído, la segunda – y pido perdón por mi mal gusto- me recuerda la caída de Ceaucescu, con las diferencias entre la versión oficial de los últimos días del dictador de Rumanía y la realidad comprobada a posteriori, después del derrocamiento del tirano. Más lejos, la desconfianza de la versión oficial de TVE, sobre las claves del tren de la muerte, me recuerda cuando, en los años sesenta, en Oviedo, acudía la gente, para enterarse de lo que pasaba en España en el campo de la política, a leer *Le Monde*, bien a la Alianza Francesa, bien a la biblioteca pública, entonces dirigida por Castellanos. La democracia tiene la grandeza de encauzar por medio de los votos lo que podría ser acción directa de la gente, cuando se produce una discrepancia total entre quienes ostentan el poder y quienes son electores. La acción directa asomó en la víspera electoral, en las manifestaciones espontáneas de rechazo a la información sesgada que proporcionaba la televisión oficial, sobre los orígenes del llamado tren de la muerte de Alcalá. Buenos días, porque una esperanza se abre tras rectificarse una reedición de la política exterior de la dictadura, pero tristeza porque la última semana nos ha devuelto una visita, con el tren de la muerte, que nunca hubiéramos querido recibir. Tenía yo un vecino y pariente, a quien le gustaba en el alma ir de sopas a los pueblos vecinos; pero, después, se lamentaba de que le devolvieran con creces las visitas, cuando se celebraba la fiesta de nuestro pueblo y llegaba una muchedumbre a comer a su casa.

Cuando Françoise Sagan publica en Francia «*Bonjour, tristesse*», todavía en los años cincuenta, se vivía en España una época de feroz aislamiento y miseria material y cultural. El espíritu trasgresor de aquel libro se veía desde aquí con la esperanza de alcanzar algún día una vida pública de libertad y un mínimo de alegría de vivir. Puede decirse que el dolor de tanta gente por el atentado del pasado 11 de marzo tiene parangón con el dolor de quienes sufrieron la miseria y los fusilamientos de la postguerra española, y con el dolor de tantos otros conflictos. Eramos pocos y parió Al Qaeda. Si teníamos bastante, bien abondo, con Eta, a partir de ahora es previsible que la violencia islamista se haga presente en Europa. Por eso, el saludo de esperanza hacia la nueva etapa política española se une a la tristeza de lo vivido el pasado 11 M: Buenos días, tristeza.